

GUY DE MAUPASSANT
Y LOS CUENTISTAS FRANCESES
por Anatole France

Sí, ¡los llamaré a todos! Contadores de fábulas, de poemillas y de moralinas, productores de sátiras, de diabluras y alegres cuentos, juglares y viejos cuentistas galos, ¡los llamaré y los desafiaré a todos! ¡Qué vengan y confiesen que su alegre ciencia no vale el arte sabio y ágil de nuestros cuentistas modernos! ¡Qué se confiesen vencidos por los Alphonse Daudet, los Paul Arène y los Guy de Maupassant! Llamaré en primer lugar a los menestrales que, en tiempos de la reina Blanche, iban de castillo en castillo, recitando sus poemas, como las grullas de las que habla Dante en el sexto canto de su Infierno. Aquellos contaban en verso; pero sus versos tenían menos gracia que la prosa de nuestro Jean des Vignes. La medida y la rima no constituían para ellos más que una ayuda para memorizar y unas riendas de asno. Empleaban la una y la otra para retener fácilmente y recitar sin equivocarse sus pequeñas historias. El verso, siendo útil, podía pues carecer de belleza. En el siglo XIII, se recitaba *la Housse coupée en deux*, donde se ve a un caballero que arroja de la casa a su anciano padre inválido y pobre, y que a continuación se acuerda de él viejo, por miedo a experimentar por parte de su hijo un semejante tratamiento. Otro contaba la historia del cambista Guillaume que tuvo no solamente cien libras del monje que pensaba «consolar» a su esposa, sino un cerdo comprado en el mercado.

En ese tiempo, entre los contadores, la forma era ruda y el fondo al paso. Aquí y allá siempre nacían algunas bonitas poesías, como la del pajarillo, en el que se oye a un ruiseñor dar a un truhán los preceptos de la pura sabiduría, o como el *Graélent* de María de Francia. Todavía ese *Graélent* está mejor hecho para sorprendernos que para gustarnos. Yo os hago un resumen:

« Había, dijo la poetisa Marie de Francia, cerca de la ciudad un espeso bosque atravesado por un río. El caballero Graélent iba pensativo y doliente. Tras haber deambulado algún tiempo bajo la arboleda, vio en un rama un bicho blanco huir cuando se acercaba. Lo persiguió sin pensar en alcanzarlo, y llegó así a un claro donde discurría un límpido arroyo. En ese arroyo retozaba una damisela completamente desnuda. Al verla esbelta, risueña, graciosa y blanca, Graélent se olvidó del bicho.»

La buena de Marie cuenta la continuación con una perfecta naturalidad: Graélent encuentra a la damisela de su gusto y « le solicita amor » Pero, viendo pronto que sus ruegos son vanos, « la arrastra a la fuerza al fondo del bosque, hace de ella lo que le place y le suplica muy dulcemente que no se enfade, prometiéndole amarla lealmente y no abandonarla nunca. La damisela vio que era un buen caballero, cortés y prudente.— «Grélent, dijo ella, aunque vos me hayáis violado, yo no os amaré menos; pero os prohíbo decir una palabra que pueda descubrir nuestros amores. Os daré mucho dinero y bellas telas. Vos sois leal, valiente y apuesto.» La poetisa Marie añade que desde entonces Graélent vivió en gran dicha. Era un apuesto mozo.

Realmente, los contadores del siglo XIII dicen las cosas con una incomparable sencillez. Encuentro de ello un ejemplo en la célebre historia *d'Amis et Amiles*.

«Arderay jura que Amis había deshonrado a la hija del rey; Amis jura que Arderay había mentido. Se arrojaron el uno contra el otro y se batieron desde la hora tercia hasta la nona. Arderay fue vencido y Amis le cortó la cabeza. El rey estaba al mismo tiempo triste de haber perdido a Arderay y alegre de ver a su hija exenta de todo reproche. La entregó en matrimonio a Amis, con una gran suma de oro y planta. Amis contrajo la lepra por la voluntad de Nuestro Señor. Su esposa, que se llamaba Obias, lo detestaba. Ella había tratado varias veces de estrangularlo...»

¡He aquí un narrador que no se asombra de nada! No es hasta el siglo XV cuando encontramos, ya no solamente más cantadores ambulantes, sino verdaderos escritores, capaces de componer un buen relato. Tal es el autor del *Petit Jehan de Saintré*. No le gustaban los monjes; ese es un denominador común a todos los antiguos contadores; pero sabían narrar. Tales son los nobles del delfín Luís, que compusieron en Genappe en Brabanty, desde 1456 hasta 1461, la colección conocida bajo el título de los *Cent Nouvelles nouvelles du roi Louis XI*. La invención parece un poco débil; pero el estilo es intenso, sobrio y nervioso. Es de un buen francés antiguo. Esos cuentos no carecen de espíritu; son cortos y hay al menos unos diez de entre los cien que todavía hacen sonreír hoy. ¿No encontráis muy agradable, por ejemplo, la historia de ese buen cura del pueblo que amaba tiernamente a su perro? Habiendo muerto el pobre animal, el buen hombre, sin pensar en nada malo, lo enterró en tierra santa, en el cementerio donde los cristianos del lugar esperaban en paz el juicio final y la resurrección de la carne. Por desgracia, el obispo se enteró. Era un hombre avaro y rudo. Mando inhumar al animal e hizo grandes reproches al sacerdote. Iba a meterlo en prisión cuando el otro «habló en resumen» como sigue:

– En verdad, monseñor, si vos hubieseis conocido a mi buen perro, a quién Dios perdone, como yo he hecho, no quedaríais tan sorprendido de la sepultura que le he dispuesto.

Y entonces comenzó a decir cosas halagadoras de su perro:

– Así pues, como fue bien sabio en vida, todavía lo fue más en su muerte: pues hizo un muy buen testamento, y como el sabía de vuestra necesidad e indigencia, os concedió cincuenta escudos de oro que yo os traigo.

El obispo, añade el contador, aprobó conjuntamente el testamento y la sepultura. No llamo a estos contadores, y sobre todo a los siguientes, para confesar su derrota, sino para formar un amable y glorioso cortejo a los recién llegados.

En el siglo XVI, el relato floreció, escala y se expande en todo el campo de las letras; llena múltiples antologías; se desliza en los más doctas obras entre disertaciones sabias e incluso un poco pedantes.

Béroald de Verville, Guillaume Boucher, Henri Estienne, Noël du Fail, lo más variado y más rico de los cuentistas de entonces. La reina de Navarra hace de su *Heptaméron* la antología « de todos los malos actos que las mujeres han hecho a los pobres hombres». No hablo ni de Rabelais ni de Montaigne. Sin embargo ambos han contado, y mejor que nadie. En el siglo diecisiete, el relato se viste a la española, lleva capa y espada, y se convierte en tragicómico. El desdichado Scarron se hizo ver varias veces así equipado. Entre otras, se encuentra en dos obras, *les Hypocrites* y *le Châtiment de l'avarice*, en las cuales Molière encuentra algunos rasgos que no deslucen ni su *Avare* ni su *Tartufe*. El avaro español del relato tiene un aire picaresco bastante divertido: « Jamás extremo de candela se alumbraba nunca en su habitación si no la había robado; y, para evitar criados, comenzaba a desvestirse en la calle, desde el lugar donde tenía luz, y, entrando en su habitación, la apagaba y se metía en la cama. Pero, encontrando aún que se podía acostar con menos gastos, su espíritu inventivo le hizo hacer un agujero en el muro, que separaba su habitación de la de un vecino; abría su

agujero y recibía por allí bastante luz para lo que él tenía que hacer. No pudiendo sustraerse a llevar una espada, a cusa de su nobleza, la llevaba un día a la derecha, y el otro a la izquierda, a fin de que sus zapatos se gastasen simétricamente.» Convento con Racine que ese Scarron escribe como un fiacre. Pero sabe describir. He aquí, por ejemplo, un trazo bien dibujado: Nuestro avaro está enamorado. Regresa al domicilio muy turbado, pero todavía atento a no perder nada. «Extrae de su bolsillo un cabo de vela, lo pica en el extremo de su espada y, habiéndolo encendido en una lámpara que ardía delante del crucifijo público de una plaza vecina, no sin hacer una oración jaculatoria por el éxito de su matrimonio, abrió con una llave maestra la puerta de la casa donde se acostaba, y se metió en su mísera cama, más bien para pensar en su amor que para dormir.» He aquí, eso me parece, un buen motivo para un dibujo a la pluma de Henri Pille. No quiero detenerme ni en los *Caquets de l'accouchée*, ni en las historias de lacayos de Charles Sorel, ni en los relatos burgueses de Furetière, ni en los cuentos de hadas. En cuanto al siglo dieciocho, es la edad de oro del cuento. La pluma corre y ríe en los dedos de Antoine Hamilton, en los del abad de Voisenon, en los de Diderot, en los de Voltaire. *Candide* se hace de prisa en tres días para la inmortalidad. Entonces todo el mundo cuenta con espíritu y filosofía. ¿Han ustedes leído las historietas de Caylus y conocen a Galichet? Galichet era un brujo. «Fue él quien hizo pasar por el alma de un jacobino a una gran muchacha vestida de blanco, que venía todas las noches a ver al padre procurador. Fue él quien hizo llover murciélagos sobre el convento de las religiosas de Monterreau, el día que los mosqueteros llegaron allí. Fue él quien hizo aparecer todas las noches un conejo blanco en la habitación de la madre abadesa...» Pero creo que Galichet me hace decir tonterías, ¡Oh! ¡personas gentiles, y que inteligentes y alegres! Sí, alegres. ¿Y saben ustedes como se llama la alegría de las personas que piensan? Se llama el coraje del espíritu. Es por lo que yo estimo infinitamente a esos marqueses y a esos filósofos que descubrían sonriendo la nadería de las cosas, y que escribían cuentos sobre el mal universal. El caballero de Boufflers, húsar y poeta, escribió por su parte un pequeño cuento que es tan gracioso, tan filosófico, tan serio y tan ligero, tan impertinente a la vez y tan indulgente, que uno no puede acabarlo sin una sonrisas mojada con una lagrima. Se trata de *Aline reine de Golconde*. Aline era pastora; un día perdió su cántaro de leche y su inocencia, y se arrojó a los placeres. Pero se volvió sabia cuando fue vieja. Entonces encontró la felicidad. «La felicidad, dice ella, es el placer fijo. El placer parece una gota de agua; la dicha es semejante al diamante.» Hemos aquí en el siglo diecinueve; ustedes señalan conmigo a Stendhal, Charles Nodier, Balzac, Gérard de Nerval, Mérimée y tantos otros cuyos nombres apuntan tan fuerte, que ni siquiera tengo tiempo de escribirlos todos.

Entre estos, unos tiene la dulzura, otros la fuerza. Ninguno la alegría. La revolución francesa guillotiné las gracias ligeras, proscribió la sonrisa fácil. La literatura no ríe desde hace más de un siglo.

Hemos hecho a Guy de Maupassant un bastante buen cortejo de contadores antiguos y modernos. Y eso es justicia.

el Sr. de Maupassant es ciertamente uno de los más francos contadores de este país, donde se hicieron tantos cuentos, y tan buenos. Su lenguaje fuerte, simple, natural, tiene un gusto al terruño que nos lo hace amar perdidamente. El posee las tres grandes cualidades del escritor Frances, en primer lugar la claridad, luego la claridad y por último la claridad. Tiene el espíritu de mesura y de orden que es el de nuestra raza. Escribe como vive un buen propietario normando, con economía y alegría. Inventivo, socarrón, buen hijo, bastante burlón, un poco fanfarrón, no avergonzándose más que de su gran bondad innata, tratando siempre de ocultar lo que hay de exquisito en su alma, lleno de firmeza y altiva razón, en absoluto soñador, poco curioso por los asuntos de

ultratumba, no creyendo más que en lo que ve, no contando más que sobre lo que toca, es de los nuestros; es un país. De ahí la amistad que inspira a todo lo el que sabe leer en Francia. Y, a pesar de ese gusto normando, a despecho de esa flor de sarraceno que se respira por toda su obra, es más variado en sus tipos, mas rico en sus temas que ningún otro contador de estos tiempos. No se encuentran demasiados imbéciles ni tunantes que no sean buenos para él y que no ponga en su saco al pasar. Es el gran pintor de la mueca humana. Pinta sin odio y sin amor, sin cólera y sin piedad; los campesinos avaros, los marineros borrachos, las mujeres perdidas, los pequeños empleados embotados por la oficina y todos los humildes que cuya humildad no posee ni belleza ni virtud. Todos esos grotescos y todos esos desgraciados, nos los muestra tan indistintamente que creemos verlos ante nuestros ojos y los encontramos más reales que la propia realidad. Él los hace vivir, pero no los juzga. No sabemos en absoluto lo que el pienso de esos mediocres, de esos pillos, de esos picaros, a los que ha creado y que nos acosan. Es un hábil artista que sabe que tiene todo hecho cuando ha dado la vida. Su indiferencia es igual a la de la naturaleza: ella me asombra y me irrita. Me gustaría saber lo que cree y siente en su interior este hombre despiadado, robusto y bueno. ¿Ama a los imbéciles por su estupidez? ¿Ama el mal por su fealdad? ¿Es alegre? ¿Está triste? ¿se divierte divirtiéndonos? ¿Qué piensa del hombre? ¿Qué piensa de la vida? ¿Qué piensa de los castos dolores de la señorita Perle, del amor ridículo y mortal de miss Harriet y de las lágrimas que la puta Rosa vierte en la iglesia de Virville, recordando su primera comunión? al menos se muestra aquí y allá muy contento del modo en que se ha entregado. Tal vez se diga que el mundo está bien hecho, puesto que él está repleto de seres mal hechos y malhechores con los cuales crea cuentos. Eso sería, sin duda, una buena filosofía para un narrador. No obstante, uno es libre de pensar, al contrario, que el Sr. de Maupassant es en secreto triste y misericordioso, invadido por una profunda piedad, y que llora interiormente las miserias que nos hace estallar en sus libros con una soberbia tranquilidad.

Es único, ustedes lo saben, para pintar a los hombres tales como la maldición de Adán los ha hecho y deshecho. Nos muestra uno, entre otros, en un admirable relato, un todo en nariz, sin mejillas, el ojo redondo, fijo, inquieto y salvaje, la cabeza de un pobre gallo bajo un antiguo sombrero de forma alta con pelo rojo y erizado. En fin el campesino que vemos todos y que estamos sorprendido de ver cerca de nosotros, tanto nos parece diferente de nosotros. Hace quince años aproximadamente, un día de verano, nos paseábamos, el Sr. François Copée y yo, sobre una playita normanda medio desierta, salvaje y triste, donde el moho azul de las piedras se secaba en la arena. En medio de nuestro paseo, nos encontramos con un hombre del país, patizambo, encorvado, dislocado, sin embargo robusto, con un cuello pelado de buitre y una mirada redonda de pájaro. Caminando, hacía a cada paso una mueca enorme y que no expresaba absolutamente nada. No puede impedir reírme; pero, habiendo interrogado con una mirada a mi compañero, leí sobre su rostro tal expresión de piedad, que tuve vergüenza de mi hilaridad tan poco compartida.

– Se parece a Brasseur, dije bastante disimuladamente, para justificarme.

–Sí, me respondió el poeta, y Brasseru hace reír. Pero esto no es feo para reír. Es por lo que yo no río.

Este encuentro había producido a mi compañero una especie de malestar. El Sr. de Maupassant, que es también un poeta, ¿no sufre en absoluto viendo a los hombres tales como sus ojos y su cerebro se los muestran, tan feos, tan despreciables y tan cobardes, limitados en sus dichas, en sus dolores y hasta en sus crímenes, mediante una irremediable miseria? No lo sé. Solamente sé que es práctico, que no se sube a las nubes, y que no es un hombre que busque remedios para males incurables.

Me inclinaría a creer que su filosofía está contenida por completo en esta canción tan sabia que las nodrizas cantan a los pequeños y que resume de maravilla todo lo que sabemos del destino de los hombres sobre la tierra:

Las pequeñas marionetas
dan, dan, dan,
Tres pequeñas vueltas,
Y luego se van

Extraído del libro *La Vie Littéraire* de Antole France. Calmann.Lévy, editores. París (fecha sin precisar en el volumen). (páginas 47 a 58).

Traducción de José M. Ramos para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>